

## PIO IX

1 IDEOLOGIA.-Antisemita, autoritario ,déspota, partidario de pena muerte. VICIOS.- Conocido como el PAPA MALO, era muy presumido y egocéntrico. Hizo la guerra para ampliar sus dominios-poder. LEGADO.-Luchó contra la modernidad (cual taliban ultra) y proclamó su infalibilidad cual Papa. Por orden suya fue secuestrado por guardia papal, un niño judío, le bautizaron y pasó a ser hijo suyo.- Ante las críticas incluso internacionales públicamente declaró que grandes y pequeños deseaban arrebatárle a su hijo, acusándole de bárbaro y despiadado. Se compadecen de sus legítimos padres, pero no piensan que yo también ya soy su padre.- En 1.881 un día 13 (bonita fecha) ya muerto hacía tres años se opta por sacarlo de su tumba y llevarlo al cementerio de Campo de Verano.- Los romanos que vieron salir la carroza en la noche, tiraron piedras contra ella, insultos, blasfemias e intentaron arrojar la carroza con su ataúd-restos de Papa al río Tiber.- El odio hacia él no se borró por la población de Roma e Italia, ni aun pasado años de su ya muerte.-Datos reales.-TABATINGA

2

La fabricación de santos. Kenneth L. Woodward

Mastai-Ferreti estaba poco preparado para el cargo de papa: era epiléptico desde joven.

Todos los testigos interrogados por los tribunales (en la causa de beatificación) declararon tener objeciones a la manera de gobernar la Iglesia de Pio IX.

Después de la revolución de 1848 Pio IX regresó a Roma convertido en un reaccionario

Publicó documentos (Syllabus) llenos de condenas (liberalismo, racionalismo, progreso, separación Iglesia – Estado, libertad de prensa, conciencia...) Esto creó un abismo entre la iglesia y las sociedades occidentales.

\*\*\*En el concilio Vaticano I (1870, que definió por presión de Pio IX el dogma de la infalibilidad papal) había una minoría que deseaba que el concilio dejara constancia de que los obispos gobiernan por derecho divino, no como representantes del papa. Pio IX sometió a presión a los oponentes al documento de la infalibilidad.

Cuando el cardenal Filippo Guido le dijo a Pio IX que la tradición europea no era favorable al dogma, Pio IX contestó "la tradición soy yo" y confinó a Guido a un convento hasta que se convenciera de la posición del papa.

En resumen, Pío IX perdió en poder temporal cuanto ganó en poder espiritual. La historia posterior demuestra que la infalibilidad papal resultó ser, hasta ahora, una espada raras veces desenvainada: desde el I Concilio Vaticano ha sido invocada sólo una vez y, aun entonces, únicamente tras una amplia consulta con los obispos, cuando Pío XII proclamó el dogma de la Asunción corporal de la Virgen María a los cielos.

Por otro lado, la historia demuestra también que, a consecuencia de la infalibilidad papal, ha surgido entre los creyentes católicos un "culto al papa" que coadyuvó a la centralización progresiva del poder en el Vaticano, a lo largo del siglo XX, y convirtió la persona del pontífice en objeto de una piedad casi idólatra.

Pío IX fue el primer papa que disfrutó de tal adulación; su amigo y contemporáneo san Juan Bosco no era el único en pensar que "el papa es Dios

en la Tierra. Jesucristo colocó al papa por encima de los profetas, por encima de su precursor, por encima de los ángeles. Jesucristo colocó al papa al mismo nivel que Dios". Lo mismo pensaban los jesuitas de Roma, que equiparaban el papa a "Cristo, si estuviera él mismo y visiblemente aquí abajo para gobernar la Iglesia".

Los historiadores liberales no han tratado con mucha amabilidad a Pío IX. Ellos señalan, por ejemplo, que eliminó prácticamente todo discurso intelectual serio en el seno de la Iglesia y que fracasó estrepitosamente en su política exterior; a su muerte, sólo cuatro países seguían manteniendo representantes diplomáticos en el Vaticano

En fechas más recientes, en cambio, su pontificado ha recibido valoraciones más favorables. La Iglesia no se hundió en la irrelevancia, como presagiaron algunos críticos, sino que se retiró y sobrevivió, aunque a costa de perder, durante setenta y cinco años una influencia considerable en los asuntos internacionales. En retrospectiva, Pío IX ha de ser considerado, para bien o para mal, el hombre que forjó el papado moderno.

Snider sabía muy bien -según llegué a descubrir- que su defensa de Pío IX había de basarse en la propia convicción del papa de que sus actos, por mucho que se midieran con criterios humanos, le eran dictados por la Divina Providencia.

Pero ¿qué sucede con la virtud personal de Mastai-Ferretti, la madera de que se hacen los santos canonizados? Abundaban, según hemos anotado ya, las pruebas de su irascibilidad, así como su propensión a las riñas. Por otra parte, había también pruebas considerables de su afabilidad, de su encanto y de su agudo ingenio (que a menudo se dirigía contra él mismo tanto como contra los demás), de energía y, sobre todo, de piedad personal. Su fe era sólida como una roca y su firmeza estaba por encima de toda duda, Pese a estar "prisionero", fue el primer papa que celebró audiencias regulares en el Vaticano, y los creyentes viajaban en tren por toda Europa para verlo. Menos de una semana después de su muerte, el Vaticano recibió la primera solicitud -de los franciscanos de Viena- para su rápida beatificación.

## **LAS OBJECIONES A LA CAUSA DE PÍO IX**

Varios asesores y prelados se mostraron consternados por la notoria falta de "mansedumbre" de Pío Nono. Los testigos habían declarado que prorrumpía con frecuencia en "estallidos de cólera" Y dirigía "comentarios cáusticos contra personas de decente reputación". Era "impulsivo", propenso a ridicularizar a otros y a expresar resentimientos y desaprobación, sin importarle los efectos que su afilada lengua tuviera sobre los destinatarios de su sarcasmo.

En opinión de algunos asesores, *tal causticidad constituye una seria falta de "caridad hacia el prójimo"*. Como obispo y como papa, Mastai no practicó "la norma fundamental de la caridad evangélica de no hacerles a otros lo que uno no quisiera que le hicieran a él". Se mostró demasiado dispuesto a aceptar sin más las acusaciones contra terceros Y a castigarlos o a destituirlos de sus cargos sin escuchar al acusado. El "abogado del diablo" cita en particular la negativa del papa a conmutar las condenas a muerte de dos anarquistas, Monti y Tognetti, que volaron en 1862 una barraca donde se alojaban soldados pontificios. Las ejecuciones escandalizaron, según parece, incluso a los partidarios del papa. El "abogado del diablo" señala que el papa Pío X mismo "consta que dijo: "Este hecho bastaría ya por sí solo para impedir la canonización del siervo de Dios"".

El memorial acusa además a Pío IX de falta de "prudencia en el gobierno". El "abogado del diablo" cita seis casos en los que Mastai-Ferretti ascendió a hombre indignos, ineptos o "excesivamente ignorantes" a puestos importantes del gobierno pontificio. También se acusa al papa de "haber llamado al gobierno a personas hostiles a la religión". El memorialista hace especial hincapié en el cardenal Giacomo Antonelli, que fue durante veintiséis años el poderoso secretario de Estado de Pío Nono. Según algunos testimonios históricos, Antonelli era un hábil experto financiero que no sólo llenó las arcas del Vaticano, sino que amasó además una inmensa fortuna personal. Aunque en el memorial no se alude específicamente a tal aprovechamiento, se piden más informaciones sobre los "interrogantes que permanecen abiertos" acerca de la vida pública y privada de Antonelli

El papa Pablo VI estaba especialmente interesado en cómo trató Pío Nono al padre Antonio Rosmini-Serbati, uno de los pocos intelectuales distinguidos de la Iglesia italiana y también uno de sus hombres más piadosos. El memorial pregunta si Pío IX manifestó "caridad suficiente" hacia Rosmini, y señala que le prometió repetidamente ascenderlo a cardenal, pero jamás cumplió la promesa. Y, lo que es más importante, en el memorial se afirma que el papa "tranquilizó" a Rosmini, asegurándole que algunos de sus escritos políticos estaban siendo examinados, cuando, en realidad, había firmado ya un decreto de la Congregación del Índice que los condenaba. Hay que decir que Rosmini fue uno de los pocos intelectuales de la Iglesia que apoyaron la unificación de Italia. ¿Por qué, pregunta el "abogado del diablo", rechazó el papa entonces los consejos de Rosmini y prefirió la política antiunificacionista de Antonelli?

Varias objeciones cuestionan las actitudes políticas que mantuvo. Se declaró oficialmente neutral en el conflicto de 1848 entre Austria y los piemonteses, pero en repetidas ocasiones violó tal neutralidad en favor de Austria. De manera análoga, el memorial critica el viraje abrupto y políticamente desastroso de Pío Nono respecto del movimiento de unificación italiana. El "abogado del diablo" señala el "desconcertante contraste" entre su inicial actitud favorable a la independencia de Italia y su posterior "oposición intransigente". Pareció equivocarse acerca de la tendencia hacia la forma de gobierno liberal que "todo el mundo sabía irreversible".

A los ojos de algunos de los asesores, Pío IX daba la impresión de padecer "cierta confusión de ideas", particularmente en lo que se refería a la distinción entre "la ley divina y la ley humana". El "abogado del diablo" cita a continuación a un historiador que afirma que la intransigencia de Pío IX frente a un cambio político inevitable -sobre todo, el decreto con el que prohibió a los católicos italianos ocupar cargos públicos e incluso votar como ciudadanos del nuevo Estado italiano- lo hacía personalmente responsable de una serie de efectos dañinos para la Iglesia: la pérdida "violenta" de los Estados Pontificios, el "más violento" y prolongado conflicto entre la Iglesia y el Estado italiano, y el anticlericalismo irrestricto. Además, el memorial acusa al papa de no haberse ocupado de "la cuestión social", es decir, de las necesidades de la emergente clase obrera europea, que se avecinaba bajo la creciente influencia de socialistas y comunistas. Esas necesidades "parecían muy alejadas de sus intereses y preocupaciones pastorales".

Luego, el memorial exige una explicación de tres acontecimientos importantes que afectaron a la Iglesia universal. Primero pregunta si el papa actuó con la debida "firmeza de alma" al huir de Roma a Gaeta, episodio que se califica de "una de las páginas más tristes y menos gloriosas de su pontificado". Segundo, pone en tela de juicio "la conveniencia de algunas de las posiciones que tomó en el "Syllabus de errores", que fueron criticadas incluso por autores católicos".

Tercero, varios de los asesores preguntan si el papa dio a los padres del I Concilio Vaticano "plena libertad" para estudiar y discutir la definición dogmática de la infalibilidad papal. ¿Se mostró el papa decente y respetuoso con quienes se oponían a la cuestión de la infalibilidad? Y, después del concilio, ¿no dio muestras de cierto resentimiento hacia los obispos disidentes, pese a que finalmente todos aceptaron la definición?

Éstos eran, pues, los últimos huesos que los asesores teológicos y los cardenales tenían atravesados en la garganta. Debe anotarse que algunas de las cuestiones, especialmente las relativas al "Syllabus de errores" y a la libertad de los obispos durante el I Concilio Vaticano, habían desazonado a los historiadores de la Iglesia desde hacía mucho tiempo. No sorprende, por tanto, que el memorial proponga que varios de esos asuntos espinosos se remitan a la sección histórica de la congregación, en demanda de más documentación.

Además de esas cuestiones de carácter y de competencia, el "abogado del diablo" informa que había teólogos y prelados que se mostraban profundamente preocupados por el impacto que la beatificación de Pío IX pudiera tener sobre la Iglesia. Unos consideraban que, por muy digno que fuera de recibir la "glorificación final", no era ése el momento de proclamarlo beato; otros recelaban de que se pudiera "desatar una nueva campaña por parte de los liberales y demás anticlericales"; y estaban también quienes temían que la beatificación fuese interpretada equivocadamente, en el sentido de que implicara la aprobación, por parte de la Iglesia, de la rotunda condena que Pío IX opuso a los principios e instituciones liberales y democráticos. De todas formas, el sentir general era que no había que precipitar la causa.

Y no se precipitó. Snider tardó nueve años en formular su réplica. Además, lo hizo sin pedir ayuda a los historiadores de la congregación. Una cosa son las pruebas históricas, según declaró, y otra, la teología; y era a la teología -o, más precisamente, los designios de la Divina Providencia- a la que él invocaba, en última instancia, para demostrar la virtud heroica de Pío Nono,

## **LA ARGUMENTACIÓN DE LA DEFENSA**

### **LA PERSONALIDAD DE MASTAI-FERRETTI**

Tras exponer los términos y el contexto de su análisis, Snider entra en una discusión de la personalidad de Pío IX. Escribe que era un hombre como los demás, mezcla de "alegrías, incertidumbres, temores, esperanzas, impulsos de rebelión, dolores y sufrimientos". Lo que lo distinguía, sin embargo, era la epilepsia, un padecimiento que también soportaron, señala Snider, Napoleón, Bismarck, Alejandro Magno y otros grandes personajes de la historia. En contra de lo que afirman algunos hagiógrafos, Snider insiste en que la epilepsia de Mastai continuó atormentándolo durante toda su vida adulta, y que la batalla personal que libró para controlar sus efectos "le ayudó a adquirir virtud". Debido a ese padecimiento, escribe el abogado, Mastai era de temperamento nervioso e irascible, sobre todo en los momentos difíciles. No obstante, asegura a sus lectores que el papa jamás tuvo la intención de causar daño moral o material al prójimo; y si perjudicó a alguien -de lo cual no cabe duda alguna-, se trató únicamente de un desafortunado efecto de su enfermedad.

Pero admite que Pío IX cometió errores en sus decisiones prácticas, aunque, como buen abogado defensor, no especifica en qué consistieron tales errores. Al fin y al cabo, observa Snider, la infalibilidad papal no convierte a un papa en omnisciente y, sin embargo, a todo papa le asiste efectivamente el Espíritu

Santo, "rellenando las lagunas de sus conocimientos, reparando las faltas y los errores que no sean deliberados, garantizándole las luces necesarias para que por su pontificado el Pueblo de Dios pueda ver (como en este caso) en el pontífice romano al vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia, el fundamento principal, perpetuo y visible de la unidad de la fe y de la comunidad [de los creyentes]". Afirma después audazmente que hasta los errores cometidos por Pío IX como soberano temporal son prueba de que se hallaba guiado por Dios, ya que, en opinión del abogado, la historia demuestra que logró, en efecto, mantener la unidad de la Iglesia y la integridad de la fe en un período de profunda crisis.

...

Lo que los jueces hagan con los argumentos de Snider no se podrá saber hasta que se publiquen. Desde luego, no tienen que aceptarlos todos para considerar al candidato heroicamente virtuoso. Lo que me intrigaba, sin embargo, era que el biógrafo más distinguido de Pío IX, el historiador jesuita Giacomo Martma, no hubiera sido nombrado juez de la causa. Martina es profesor de la Universidad Gregonana de Roma y asesor ocasional de la congregación. Sus (hasta ahora) tres gruesos volúmenes sobre la vida y la personalidad de Pío Nono constituyen la biografía más detallada del papa hasta la fecha; Snider la cita más de una vez. Fui a ver a Martina una tarde a la universidad y le pregunté sin rodeos:

-¿Usted cree que Pío Nono era un santo?

-No, no lo creo.

-¿Piensa que es por eso por lo que no lo han invitado a juzgar la causa?

-Eso no lo sé. ¿Por qué no se lo pregunta a los funcionarios de la congregación, que nombran a los asesores?

Lo hice. Lo que me confesó un funcionario, bajo la condición de que no revelara su identidad, era que Martina en Roma tenía fama de sostener "opiniones poco equilibradas"; el hecho de haber pasado gran parte de su vida escribiendo sobre Pío IX, se me dijo, no lo convertía en particularmente capacitado para juzgar sus virtudes.

-A mí me da la impresión -apunté- de que lo hayan excluido a propósito porque se sabe que no considera un santo a Pío IX.

-Eso no es verdad -negó el funcionario-. Hemos tenido muchos asesores reacios y no hay ningún problema con eso. Lo que sí les exigimos a nuestros asesores es que sean algo más que buenos teólogos; también deben ser personas equilibradas.

...

Parece ser que Snider ganó la batalla de demostrar la virtud de Pío IX, pero perdió la guerra de justificar la "conveniencia" de su candidato. Lo mismo puede decirse del cardenal Palazzini, el impulsor más destacado de esta causa; en 1989 tuvo que retirarse de la curia, a la edad de setenta y cinco años, sin ver beatificado a su adorado Pío Nono. En cuanto **al propio candidato, parece ser víctima de la política póstuma de la creación de santos**; sea cual sea el lugar que ocupa en la "historia sagrada", es el recuerdo que dejó como

personaje de los asuntos humanos lo que, por lo visto, le cierra ahora el camino de la beatificación y, de momento al menos, su causa ha sido relegada a ese peculiar limbo reservado a aquellos poquísimos siervos de Dios cuyas virtudes personales, por muy heroicas que sean, no bastan para compensar los perjuicios que se teme pueda causar el hecho de rendirles los más elevados honores de la Iglesia.

Es posible que corran la misma suerte las causas de Pío XII y de Juan XXIII. De todos modos, entre los hacedores de santos hay quienes piensan que sería poco conveniente canonizar a demasiados papas, y señalan que, de los últimos ocho papas, entre ellos Pío IX, seis han sido mencionados como santos potenciales. "Pienso que no deberíamos dar la impresión de que el papa es necesariamente un candidato a la santidad", dice Gumpel. Puede que no; pero, si tenemos en cuenta la historia del papado moderno, con su fuerte "culto al papa", la inclinación a considerar santos a los sumos pontífices sigue siendo poderosa, pues el cargo excita ya de por sí un "frenesí de gloria" entre los creyentes, como atestiguan las frecuentes peregrinaciones de Juan Pablo II.

Según el Evangelio, sin embargo, el cielo está reservado a los hermanos menores. y ya es hora de mirar un poco más de cerca de los candidatos que Roma propone a la santidad para ver a qué clases de gente el proceso de creación de santos tiende, por diversas razones, a pasar por alto.